

Al laico trinitario se le invita a una reflexión especial en esta Cuaresma de 2021 en donde la cautividad ha sido especialmente relevante

El día 12 de febrero el Papa Francisco nos envió un mensaje para que reflexionáramos durante la Cuaresma de este año tan especial. Lo titula **“Cuaresma: un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad”**.

Durante la Cuaresma, **tiempo de conversión**, “recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo”. Es también un **tiempo de esperanza** porque, si bien comienza su itinerario con la Pasión, oteamos el final bajo la luz de la Resurrección.

Nos dice el Papa Francisco que las condiciones de nuestra conversión se centran en **el ayuno, la oración y la limosna**. En otras palabras: la pobreza y la privación, la mirada y los gestos de amor hacia el hombre herido – perseguido – y el diálogo filial con el Padre.

“La fe nos llama a **acoger la Verdad** y a ser testigos, ante Dios y ante nuestros hermanos y hermanas”. Es tiempo de apertura a **la Palabra de Dios “que la Iglesia nos ha transmitido de generación en generación”**.

La esperanza como “agua viva” que nos permite continuar nuestro camino

Nos invita durante la Cuaresma a beber el **“agua viva”**, aquella que brota del manantial de la palabra de Jesús. Vivimos un tiempo de incertidumbre y zozobra que propicia la tristeza y el miedo. Nos invade un difuso sentimiento de indefensión frente a tanta muerte y pobreza. También tristeza de cómo los templos están vacíos, sin que podamos apenas hacer nada, de cómo los cristianos se alejan de la Iglesia. Este virus no solo está atacando gravemente la salud corporal, sino también el espíritu.

No obstante, **la Cuaresma nos invita a realizar una parada**, a que dejemos el bullicio diario y nos centremos en la realización de los balances interiores. Es el momento del reencuentro con el misterio del sufrimiento, aunque de un sufrimiento no estéril, porque nos anticipa la Resurrección. No es un sufrimiento inútil, sin salida. Nuestro encuentro con todo aquello que hace incompresible al ser humano, sus injusticias, sus agresiones y transgresiones, encuentran sentido en la Pasión de Cristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre

para darnos la certeza de que entiende nuestros sufrimientos y que muere para dar “sentido” a todos nuestros pecados. Nos dio ese “agua viva”, al Espíritu Santo, para que, a la luz de la fe, pudiéramos superar la indefensión que nos produce la cotidianidad, ya que Él continúa con nosotros.

No podemos estar tristes ni caer en la desesperación, porque Él nos alimenta con el agua viva que brota de la fuente de su amor hasta la muerte, un amor que se extiende a todos los seres humanos y que se halla entre nosotros. Que la Cuaresma nos sirva para reencontrarnos con ese amor escondido entre el ruido del torbellino de sensaciones de la vida diaria.

La Cuaresma del Laico Trinitario

Durante la Cuaresma, como **laicos trinitarios**, debemos reflexionar profundamente sobre cómo ha sido nuestro compromiso con todos nuestros hermanos y hermanas que han sufrido una **pasión permanente** debido a su fe en Jesús. Porque, no podemos permitirnos la ligereza de anestesiar las emociones que nos ligan a nuestro compromiso con los perseguidos por su fe. Hermanos y hermanas que, al añadido cruel de la pandemia, siguen viviendo su fe en unas condiciones de persecución y muerte.

¡Qué ejemplos tan dramáticos y esclarecedores nos refiere la periodista **Marcela Szymanski Chávez** durante su intervención! *“Para quienes sufren el calvario de la persecución, la pandemia ha representado un momento de comunión en el dolor y la pérdida”*. Unos hermanos en la fe que nos dan un ejemplo de fe y esperanza que nos ruboriza y pone en evidencia nuestras miserias.

Unos cristianos que nos piden que recemos por ellos para que puedan algún día vivir la fe con la misma libertad que nosotros podemos hacerlo en nuestros países. No saben que nuestra sociedad cada vez pierde más esa fe con la que ellos mantienen un fortísimo vínculo.

Cuenta Marcela, la anécdota del **padre Silwanos**, un hombre que dedicó su vida a salvar numerosos niños durante los bombardeos en Siria y a proporcionarles alojamiento y escuelas una vez que estos cesaron. Justo en medio de la guerra llegó a Bruselas con maletas llenas de dibujos en donde cada niño reflejaba el sufrimiento. Eran dibujos de los niños que él había acogido. Venía con la esperanza de que los políticos le ayudarían en su labor de caridad y se marchó rabioso debido a **los insultos y humillaciones que recibió** de bastantes de ellos. Se fue furioso, aunque con el compromiso de rezar por ellos... Volvió a Homs en donde continuó con su labor caritativa hasta que murió de un cáncer.

Un ejemplo de entrega de un perseguido dando todo cuanto tiene por ayudar a los

perseguidos. Un ejemplo vivo de amor que no puede brotar más que del cristiano que posee una fe de hierro y profunda.

Como cristianos que seguimos el carisma de San Juan de Mata, es bueno que durante esta Cuaresma, tiempo de conversión, reflexionemos sobre nosotros mismos, sobre el grado de compromiso con nuestro carisma y que nos sirva para retomar una gran esperanza en Aquel que nos cuida, el que nos da “agua viva” para que podamos resistir ante las maldades nuestras y de muchos hermanos.

Comencemos nuestra meditación, nuestra reflexión con la oración que Jesús nos indicó:

*Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

*Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.*

Amén.